



DEMOCRACIA Y CULTURA EN TIEMPOS NEOLIBERALES

SEMINARIO INTERNACIONAL DE LAS HUMANIDADES,
ARTES, CIENCIAS SOCIALES Y DE LA COMUNICACIÓN

Adriana Valdés
Mauricio Barría
Humberto Giannini
Faride Zerán
José M. Domingues
Alberto Mayol
Manuel Antonio Garretón
Sergio Micco
Maria Rosaria Stabili
Alejandra Vega
Renato Janine Ribeiro
Javier Pinedo
Autores



Universidad de Chile

IBJGM

Universidad de Chile
Instituto de Estudios de la
Política y la Comunicación
Instituto de Estudios de la
Cultura y la Comunicación

LAS CIENCIAS SOCIALES ANTE LA DICTADURA, LA DEMOCRATIZACIÓN Y LA SOCIEDAD DEL BICENTENARIO

Manuel Antonio Garretón

Lo que me voy a permitir hacer hoy —en el entendido que muchos de ustedes me han escuchado otras veces y conocen las cosas que digo y no quisiera repetirlas— es un intento de reflexión sobre cuál es su estado actual, o que pueden hacer en la sociedad de hoy las ciencias sociales.

Para eso quisiera partir con una reflexión comparativa de lo que ocurría cuando yo fui estudiante y entré a formarme como sociólogo en este gran campo. Había un mundo definido que queríamos ayudar a cambiar. Teníamos relativamente claro, cualquiera fuera la orientación teórica que luego se tuviera, tanto un cierto diagnóstico, una cierta crítica a ese mundo social que podíamos llamar “sociedad subdesarrollada” o “capitalista dependiente”. Y teníamos también una cierta teoría del cambio, que podíamos llamar “modernización” o “desarrollo” o, incluso, “revolución”. Entonces la tarea de la sociología era constituir un tipo de conocimiento y formar profesionales que fueran capaces

de realizar esa tarea. Dicho de otra manera, sabíamos a qué mundo nos enfrentábamos y qué mundo queríamos cambiar. Pero no sabíamos qué éramos como científicos sociales. Había que inventar, en este país, y en el contexto latinoamericano —y este era un desafío para toda la sociedad latinoamericana—, a la sociología y a las ciencias sociales.

Yo diría que esto es exactamente lo contrario de lo que ocurre hoy. Sabemos lo que somos. Conocemos los instrumentos que tenemos. Tenemos una muy buena cantidad de teorías, un enorme instrumental metodológico y técnico para escrutar la realidad y hacer diagnósticos. Pero no sabemos en qué mundo estamos. Ni tampoco sabemos cómo se puede cambiar, o qué mundo queremos. Las ciencias sociales tuvieron, desde su fundación y hasta hace poco, una teoría del cambio o una cierta teoría de la sociedad, sobre la que se podía disputar. Pero no existía solo una, sino varias. Hoy en día ese es nuestro gran problema: no tenemos una teoría de la sociedad; y, sobre todo, no tenemos una teoría del cambio. En palabras de uno de los grandes intelectuales latinoamericanos, Carlos Monsiváis, “no entiendo lo que pasa y cuando lo entiendo ya pasó”. Ese es el drama que, en cierto modo, viven nuestras disciplinas, y esto tiene que ver con las transformaciones que han ocurrido en el mundo (lo cual retomaré más adelante).

Cuando nacen las ciencias sociales, en nuestro contexto, lo hacen para entender y tratar de transformar un determinado mundo que se puede delinear, que se puede saber cómo es. Van a entrar —no me refiero a cada práctica individual de un científico social sino como conjunto— al análisis de las sociedades del mundo que los rodea con

un instrumento conceptual, que es a la vez un objeto de estudio, pero también un concepto normativo que apunta a lo deseable. Que es capaz de darle un sentido, una organización, al conjunto de conocimiento y actividades profesionales. A esto vamos a llamarle, usando libremente una conceptualización que se ha utilizado por otro autor, pero adaptándola, *concepto límite*. El *concepto límite* es un objeto de estudio, pero es también la perspectiva, el concepto normativo, si ustedes quieren, utópico.

Cuando comienzan a desarrollarse las ciencias sociales en América Latina, el concepto límite original es el de desarrollo, que en términos de las ciencias sociales no económicas se llamó *modernización*. Ello dio origen a una serie de teorías y estudios que tenían que ver precisamente con este fenómeno que resolvía, o que intentaba resolver, uno de los grandes conflictos que tenía el mundo, basado en la división norte-sur entre países ricos y pobres.

El desarrollo era entonces el proceso que había que estimular, estudiar, descubrir sus mecanismos y —sobre todo en el caso de las ciencias sociales— buscar, describir, explicar y apoyar a los actores sociales de ese proceso.

Cuando entra en crisis este concepto, porque los modelos de desarrollo que se estaban aplicando en los países subdesarrollados son desafiados desde otra visión del mundo —del mundo que está dividido ahora no en ricos y pobres, norte/sur, sino que en el mundo que ahora estaba dividido en capitalismo/socialismo, en los términos de la guerra fría—, el concepto límite que va a reemplazar a *desarrollo* es el de *revolución*. Pero no es una revolución cualquiera. Es revolución en el sentido de alterar y transformar el tipo de sociedad capitalista en

una sociedad socialista, o comunitaria, como dirían los demócratacristianos de la época.

Entonces, en torno a ese concepto también hubo teorías y métodos de investigación; hubo una forma y una práctica de las ciencias sociales, que ya era distinta a la del profesional experto que intenta investigar para descubrir los cambios que hay que hacer. Era una ciencia, como se le llamó en aquella época, más comprometida con los actores involucrados.

La derrota o el fracaso de esos proyectos de sociedad que conllevaban modelos de ciencias sociales (o proyectos de ciencias sociales) —y los términos derrota o fracaso no son indiferentes, por cuanto el primero implica solo denuncia de un hecho y el segundo revisión de las categorías con que fueron pensados los proyectos— dio origen a las dictaduras militares conocidas como fascistas, fascistas dependientes, de seguridad nacional, neoautoritarismos, Estados burocráticos autoritarios; distintas denominaciones que apuntaban a un mismo fenómeno. Y ahí el concepto límite que va aparecer y organizar el conjunto —el mainstream de las ciencias sociales— se estructuró en primer lugar en torno al concepto de derechos humanos y, posteriormente, en torno al tema de la democracia. En este último caso, junto con describir la situación que impide un cambio y pensar en una teoría para él, el concepto límite no se refiere a la sociedad globalmente, sino a una dimensión de ella: el régimen político. Y ello dio origen, más que a grandes paradigmas (como había sido hasta entonces), a teorías de alcance medio sobre la transición, la democratización o el término de las dictaduras, en las que el concepto central fue el de *democracia*.

Quiero hacer ver algo que me parece importante. Y es que todos estos conceptos límite que hubo, significaron una guía, un horizonte, y también actuaron en cierto modo como *chip*. Un *chip* que se compra, se toma, se internaliza, pero del que no se discuten sus circuitos y significados internos, y que luego se reemplazan por otros, que pueden ser alternativos pero que se les piensa de la misma manera, desde una perspectiva teleológica: se trata de llegar a esa sociedad meta. Cuando hablábamos de desarrollo no cuestionábamos la sociedad desarrollada. Cuando hablábamos de modernización no nos planteábamos como problema el tema de la modernidad. Cuando hablábamos de socialismo o de cambio en el sistema capitalista no cuestionábamos la sociedad socialista; se suponía que ahí estaba y de lo que se trataba era de llegar a ella. Lo mismo ocurrió con el concepto de democracia. Cuando hablábamos de democracia teníamos una cierta idea de lo que no era democrático, que estaba dado fundamentalmente por la dictadura. Y lo que era democracia era fundamentalmente lo que existía en otras sociedades. Y, por lo tanto, si bien los conceptos límite sirvieron para darle sentido y llenar de contenido prácticas y conocimientos, temáticas de investigación y teorizaciones, no fueron recreados o reinventados, sino que quedaron entrampados en su origen teórico o de referente histórico.

Decía al comienzo que la sociedad de hoy, lo que llamamos el mundo de hoy, se nos aparece como algo mucho menos claro. Porque, básicamente, lo que ha ocurrido es que el concepto central al cual aplicábamos estos conceptos límite era el de sociedad de Estado nacional. Y el concepto de Estado nacional hoy aparece

resquebrajado, desarticulado o, si lo queremos expresar menos académicamente, “descuajeringado”. En otra época, la sociedad aparecía organizada (según la teoría que se tuviera) en torno a la economía, al Estado, a la cultura y a las clases u organizaciones sociales como la familia y la política. Actualmente, y eso se refleja en las denominaciones de sociedad posmoderna (sociedad líquida, sociedad red), no estamos en presencia de ejes vertebradores de la sociedad de Estados nacionales. Se nos hace entonces muy difícil entender de qué se trata y cuál es la problemática central de estas sociedades.

Esta idea de un proceso o un eje vertebrador parece haber perdido sentido. Vivimos en sociedades frente a las cuales no tenemos una teoría del cambio, porque no tenemos una teoría clara sobre lo que son. Las teorías de la sociedad posmoderna o neoliberal, por ejemplo, no dan cuenta de muchos de los aspectos de las sociedades y del modo como subjetivamente viven los individuos, los sujetos. Porque una de las cosas fundamentales que han significado los procesos de desvertebración de la sociedad, a través del debilitamiento de los Estados nacionales, de los procesos de explosión de identidades y del proceso de globalización, es que ha perdido importancia, relevancia o sentido, aquella actividad o dimensión que articulaba y daba sentido al conjunto de la sociedad, y contribuía a que ella fuera algo más que un agregado de individuos en un territorio, sin proyecto colectivo. En el caso latinoamericano ello era la política, a diferencia de otras sociedades donde pudo haber sido la economía o de otras donde pudo haber sido la cultura o la religión.

En las sociedades nuestras la política fue el elemento fundante. No solo de la sociedad y su proyecto sino también de una relación particular con las subjetividades, con las trayectorias biográficas. Lo que tenemos hoy día como sociedades es un estallido de este cemento de la sociedad. Y así, más allá de los modelos particulares que tenga cada sociedad concreta, sí hay una problemática que tienen todas las sociedades latinoamericanas, y entre ellas la sociedad chilena: la reconstrucción de la polis, es decir, la reconstrucción de las relaciones entre Estado y sociedad. La pura existencia de regímenes democráticos no asegura esta reconstrucción, entre otras cosas porque el significado de la política y del Estado ya no es el mismo.

Estamos frente a sociedades en las que tenemos un conjunto de procesos cuyo sentido no entendemos bien; sociedades fragmentadas que nos permiten definir las como desigualitarias o desiguales. Pero, frente a ello, ¿de qué se trata?, ¿qué tipo de sociedad queremos? Y algunas de las respuestas rompen la posibilidad de una ciencia social que responda a su fundamento central, que es comprender y transformar las sociedades. Por ejemplo, si la sociedad nos aparece como reducida a individuos o sujetos personales solamente, ella no puede cambiarse. Si no entiendo el mundo como algo distinto a la suma de individuos y proyectos personales, ni me interesa, ni puedo cambiarlo. Lo que puedo cambiar soy yo mismo, mi cuerpo (pensemos en el auge, por ejemplo, de los tatuajes, *piercings*, cirugías plásticas, etcétera), o mi entorno inmediato y mis relaciones con los otros, y para esto cambio el concepto de amistad: ya sea el platónico, el de Jesús en el discurso de la Última Cena, o cualquier otro a lo largo de los siglos; en

cualquier caso se trata de conceptos que siempre hablaron de relaciones interpersonales directas, con lazos de sentido afectivo. Ahora amigo es aquel que no conozco y salgo a buscar sin saber quién es y a preguntarle, como en un mercado, ¿quieres ser mi amigo?.

Si me refiero a este ejemplo puntual es porque ilustra muy bien que las relaciones sociales, o la acción social (concepto básico de las ciencias sociales actuales), parecieran prescindir de eso que era lo central de los últimos doscientos años: una comunidad política, una relación entre el Estado y la gente, en la que el trabajo cumplía un papel central. El debilitamiento del concepto de trabajo y de los conceptos de política es, en el fondo, un golpe muy fuerte a la sociología y a las ciencias sociales, que nacieron básicamente para entender la sociedad moderna —que era una sociedad de Estado y una sociedad industrial de trabajo— y sus transformaciones. Entonces, y con esto vuelvo a nuestro punto de partida, yo diría que este es nuestro gran problema. Tenemos instrumentales, tenemos metodologías, tenemos cuerpos teóricos. Pero no tenemos claro en qué mundo, en qué sociedad vivimos. Y frente al malestar que se expresa en la desigualdad; el abuso deja de ser solo desigualdad, o abuso en términos de clases, como lo podíamos definir antes. Frente a eso, las respuestas tienden a ser: la inclinación por el conocimiento experto para resolver los problemas y déficits de estas sociedades o la búsqueda de respuestas para preguntas como “¿qué quieren los individuos?”, “¿qué quiere la gente?”, y entonces hacemos encuestas o grupos de discusión. “La política tiene que preocuparse por los problemas de la gente”, lo que es igual a la negación de la política.

Dicho esto, quisiera terminar con dos observaciones. La primera: ¿cómo se reconstruye una ciencia social que nos permita una teoría de la sociedad y una teoría del cambio? Y segundo: ¿qué nos dice hoy la ciencia social, y en particular la sociología, de nuestra sociedad?

Respecto de lo primero, yo creo que tenemos una sola certeza. Y la certeza fundamental —que uno obtiene de una afirmación metasocial y metacientífica, de una afirmación esencialmente ética— consiste en decir: nada de lo que pasa en las vidas y subjetividades de los individuos, nada de eso puede entenderse sin interpretar lo que ocurre en la sociedad y a su vez, nada de lo que pasa en la sociedad deja de afectar las vidas y trayectorias individuales. En eso consiste la tarea de las ciencias sociales, en demostrar que eso es cierto. Porque lo que oímos, lo que se nos dice, lo que nos muestran los medios de comunicación es todo lo contrario. Lo que nos dicen las propuestas gubernamentales, los grupos corporativos y los poderes fácticos es exactamente lo contrario: no es necesaria la sociedad, basta con los individuos. Pero hay otros que nos dicen: no son necesarios los individuos, basta con los grupos, con las sociedades globalizadas y sus poderes fácticos. En este contexto, creo que la gran tarea es la reconstitución de este lazo entre personas y sociedad, lo que Martuccelli expresaba como “individualizar los problemas sociales y socializar los problemas individuales”. O podríamos decirlo en los términos de la sociología y las ciencias políticas: hay que ciudadanizar la política, y hay que politizar la ciudadanía. Esto es lo fundamental, pero tenemos prácticamente todo en contra al respecto. Esto es lo primero que me interesa afirmar.

Lo segundo —siempre dentro de esta primera gran cuestión de cómo se reconstituye una ciencia social que sirva para pensar nuestras sociedades— tiene que ver con que hay que redefinir en el mundo globalizado la problemática de nuestras sociedades, pues ya no es el desarrollo, ni la revolución, ni la democracia. Y mi impresión es que —y en este punto no hay un solo modelo válido para nuestros países— nuestra nueva problemática es la recomposición de las relaciones entre Estado y sociedad. El ejemplo que a mí me gusta dar siempre es el de Bolivia, donde lo que se hace es repensar el Estado a partir de un sujeto colectivo, que en este caso particular es una comunidad étnica. Esto tiene muchos problemas, pero ahí está el elemento refundacional. También podemos citar otros ejemplos de América Latina, como la Asamblea Constituyente en Brasil. No hay ni una sola reforma que se haya hecho en ese país que no tenga hoy día su origen y legitimidad en su Asamblea Constituyente. Independiente de las críticas que se puedan hacer a las derivas que los distintos procesos tengan, se trata de un momento refundacional, de una nueva Constitución postransiciones democráticas.

Y eso nos lleva al tema con el cual quiero terminar, el de la sociedad chilena. Tengo la impresión de que la sociedad chilena no ha vivido su momento fundacional desde la sociedad pospinochetista, que es básicamente una sociedad de la dictadura militar. Si bien ha transformado y corregido su régimen político, no ha superado su modelo económico. Chile no ha vivido el paso desde la sociedad pospinochetista a la sociedad del Bicentenario. Probablemente, cuando se dice que somos el país más desarrollado de América Latina (considerando indicadores

como el ingreso per cápita), o que somos el país de la transición ejemplar. Cuando se dice todo esto se apunta a que quizás somos la sociedad que deslumbra más que todas las otras en América Latina, por atisbar todos los grandes ejes y temas de un nuevo mundo. Pero que es incapaz —y es la única que es absolutamente incapaz— de alcanzar esos temas y de resolverlos, porque está atada al pasado por su modelo económico-social y político. Es la única que no ha vivido, ni siquiera parcialmente —como ocurre en el caso argentino—, un proceso refundacional de sus relaciones entre Estado y sociedad. Y, en ese sentido, hay una búsqueda por parte de las ciencias sociales (en mi caso particular por parte de la sociología), casi obsesiva, de tratar de encontrar en algún momento o en algún actor esta dimensión refundacional.

Creo que esta es la tarea de las ciencias sociales, en ausencia de un concepto límite como hubo antes, a través del cual se imputaba un significado a la acción colectiva y nos acercábamos a los sujetos y actores. Porque, ¿de qué trataban los actores y sujetos en los cincuenta y sesenta? De buscar el desarrollo o de mantener la sociedad subdesarrollada. ¿De qué trataban los actores y sujetos a fines de los sesenta y comienzos de los setenta? De hacer la revolución o de oponerse a ella. ¿De qué trataban los actores y sujetos en la época de la dictadura? De tener un régimen democrático o de perpetuar la dictadura.

¿De que tratan los actores y sujetos hoy? ¿Hay un eje o conflicto central en nuestra sociedad o ella es la suma de problemas individuales y grupales afectados por las necesidades de consumo, movilidad y por el abuso de los poderes fácticos?

Yo creo que el eje o el principio —muy rudimentario, y que no es ni siquiera concepto límite— que atraviesa y guía a los actores hoy es rara y complejamente —y sin saberlo quizás— refundar su sociedad; refundar una relación entre Estado y sociedad, recrear su comunidad política. Es evidente que ello tiene una dimensión institucional, expresada en la necesidad de una nueva institucionalidad política, partiendo por una nueva Constitución que restituya al pueblo su capacidad de constituirse como República, y en una dimensión de movilización y participación social. En este sentido hay una cuestión que es muy importante en el caso chileno: siempre los grandes proyectos de transformación de la sociedad vinieron del sistema partidario (cuando digo sistema partidario se entiende que el movimiento social estaba vinculado a él). En los partidos comunista, socialista, demócratacristiano y radical participaban las clases medias, los movimientos estudiantiles, los movimientos de trabajadores y los movimientos campesinos. Y como precisamente esos eran los grandes actores sociales, los otros movimientos eran muy débiles y subordinados (por ejemplo, el movimiento feminista, el étnico y el regional).

Actualmente, y por primera vez, estamos en presencia de un movimiento (el estudiantil) —presagiado por el movimiento de los derechos humanos y los familiares de víctimas de la represión de la dictadura, el del mundo mapuche, medio ambiental y, sobre todo, por el de los estudiantes secundarios de 2006— que es básicamente social y, en la medida en que es social y no político, genera una gran distancia con lo político. Y por eso pienso que la gran cuestión de las ciencias sociales hoy es cómo

restablecer un lazo entre la política y el movimiento social (o los movimientos sociales): ¿Cómo puede establecerse esta nueva relación habiéndose roto la clásica cristalización o imbricación entre partido y movimiento social?

Hoy en día —y por lo que estamos viendo en las reflexiones de algunos historiadores— hay una tendencia en las ciencias sociales en despreciar lo político, en dejarlo fuera. Y también existe esa tendencia en el movimiento social, por ejemplo cuando se dice que los políticos son corruptos, o que la política simplemente no se preocupó de ciertos temas, o que traicionó las movilizaciones de otra época, etcétera. Estas son las nuevas ideologías de este tiempo, ideologías que pueden ser muy progresistas (algunas) pero que su expansión, difusión y su falta de debate crítico puede llevarnos a perder el momento fundacional. Y en vez de tener un "momento" que se transforme en un proceso fundacional, lo que tengamos sea una recomposición de las formas de poder que tenemos ahora; y que este "momento" que vive la sociedad chilena —y que las otras sociedades de Latinoamérica ya han vivido— se postergue indefinidamente. Este es, a mi juicio, el desafío que tienen hoy las *ciencias sociales*.